



VISTA DE LA LINTERNA QUE CUBRE LA CAPILLA DE VIRGEN DEL ROSARIO, CON REMATES DE LADRILLOS APLANTILLADOS DETERIORADOS, DESAPARICIÓN DE LAS BOLSAS CERÁMICAS DECORATIVAS Y REVESTIDO DEL CHAPITEL CON MATERIAL INAPROPIADO. CRUZ Y VELETA DE PROBABLE EXISTENCIA, DESAPARECIDA.



VISTA INTERIOR DE LA IGLESIA CON DETALLES DE LA BÓVEDA ENCAMONADA, LUNETOS DE ILUMINACIÓN Y TIRANTES DE HIERRO FORJADO QUE HAN PRODUCIDO ALTERACIONES EN LA BÓVEDA POR CEDIMIENTO DE ANCLAJE.



ESTADO DE CONSERVACIÓN DE LA ESTRUCTURA SOPORTE DE CUBIERTA DE LA PARTE ALTA DE LA IGLESIA —NAVE LATERAL IZQUIERDA CON DERECHO DE VUELO SOBRE PROPIEDAD VECINA—, A BASE DE ROLLIZOS SIN ESCUADRAR Y LADRILLOS POR TABLA, CON PRESENCIA DE ATAQUES DE XILÓFAGOS Y DEFORMACIONES IMPORTANTES POR FLECHA.

CULTO Y CULTURA: EL ESPÍRITU DE LA RESTAURACIÓN DE LA IGLESIA DE SAN AGUSTÍN DE CORDOBA

Por

MARINA RUIZ GUTIÉRREZ

Conservadora y Restauradora de Bienes Culturales
Técnico Asesor de la Delegación de Cultura de Córdoba

El pasado año, concluyeron las obras de restauración de la Iglesia Conventual de San Agustín de la ciudad de Córdoba. Personalmente ha sido un placer participar en el seguimiento de los mismos, y ser testigo del renacer de un excelente valor patrimonial y religioso escondido y olvidado tras años de encierro y decadencia.

Recordemos que la Iglesia de San Agustín y su Convento se construyen a partir del primer tercio del siglo XIV, de traza gótica en su inicio. Testigo de sus orígenes arquitectónicos es la cabecera dividida en tres ábsides semioctogonales, el central conforma el elevado presbiterio o capilla mayor con amplia escalinata de mármol, y los ábsides laterales de menor altura. En estos muros y bóvedas los sillares de piedra labrada definen su estética medieval mediante pequeños rosetones en vanos, nervaduras, capiteles y claves, algunas de éstas últimas ocultas bajo las de estilo barroco que se observan en la actualidad.

Pero verdaderamente, es en el siglo XVII cuando el templo dedicado a San Agustín en la ciudad de Córdoba, alcanza su esplendor; comienza su gran reforma interior impulsada por Fray Pedro de Góngora para la exaltación de la Orden Agustina: se revisten fábricas, se cubre la nave central y el crucero con bóvedas barrocas, se construye la tribuna desarrollando un amplio coro en madera, se decoran los muros y bóvedas con pinturas murales y se engalanan todos los espacios interiores de la Iglesia con ricos trabajos tallados en yeserías barrocas con decoración en pan de oro. También se engalana con mobiliario construyendo retablos y órganos y toda una serie de capillas y hornacinas para albergar imaginería. En definitiva, los siglos XVII y XVIII fueron centurias de bonanza, que permitieron trabajar a los mejores maestros de la época de Córdoba, como Cristóbal Vela Cobo, Juan Luís Zambraño y Pedro Ruiz Morián Moreno, junto con un importante gremio de artesanos tallistas y doradores. Esta magnífica “empresa artística” puso de manifiesto un sentido religioso y místico a través de un programa iconográfico basado en la vida de San Agustín, como ejemplo a seguir de vida cristiana. En el techo de la nave central se localizan decoraciones murales sobre las escenas de el Credo, en los lunetos de esta nave y del coro las Santas Mártires, el sotocoro decorado con la Inmaculada Concepción y las letanías marianas, en la cúpula central los cuatro Evangelistas y los Santos Padres de la Iglesia, en las bóvedas de los brazos del Crucero se representan Santos y Santas Agustinos, en los techos de las naves laterales se distribuyen escenas de la Vida y Milagros de S. Nicolás de Tolentino, la cabecera de la iglesia en la bóveda del presbiterio y de las capillas laterales se completa con la Gloria de ángeles músicos y cantores. Así mismo, en los pilares que dan paso de la nave central a las laterales se representan los Profetas, y escenas de la infancia de Cristo como la Adoración de los Magos, Adoración de los Pastores, Presentación en el Templo y Jesús entre los Doctores. Sin olvidar que todos los espacios arquitectónicos están cubiertos por abigarradas yeserías, de formas vegetales y zoomórficas, con animales, búcaros, bichas, festones, conchas cartelas, epigrafías, combinados con elementos figurativos y literatura religiosa, con líneas molduradas que van enmarcando los espacios compositivos, figurativos y temáticos.

Inevitablemente después vinieron tiempos difíciles y España sufrió acontecimientos histórico-políticos que desenca-

denaron la decadencia del país, la miseria y pobreza de sus gentes y por supuesto la destrucción y el expolio de su patrimonio. Iniciando el siglo XIX, en 1808 se produce la invasión francesa y en consecuencia, la Guerra de la Independencia. Al igual que muchos templos religiosos el Convento de San Agustín de Córdoba es tomado por las tropas napoleónicas y se convierte en cuartel y su Iglesia en cuadra y granero sufriendo como se pueden imaginar grandes desperfectos. Testimonio de este acontecimiento reza en latín una cartela conmemorativa en el cielo raso de la nave de la Epístola.

A principios del siglo XX, en 1903, se hace cargo del Convento e Iglesia la Orden de los Dominicos que, con ayudas oficiales y de varios mecenas, consiguió restaurar y mantener durante un cuarto de siglo más la Iglesia, de ahí la aparición del emblema de la Orden en varios lugares.

Pero una vez más, la fatalidad “coincidió o no”, (ya que nunca se sabrá) con el inicio de la Guerra Civil, y la iglesia sufrió un grave incendio dañando principalmente la cabecera y el Retablo Mayor, que era de mármol. Tras la superación de los años de posguerra, en los años 70 se reproduce fielmente el retablo mayor perdido, pero la economía sólo permitía el empleo de madera y yeso lealmente decorado. Y así, poco a poco, todos sabemos que el mantenimiento de un edificio de esta envergadura supone mucho “esfuerzo” traducido en euros hoy día, entonces en pesetas, y que la voluntad puede ser mucha pero con la falta de este “esfuerzo” (€) por parte de todos... de pronto llegó un día que, estando oficiando misa, se cayó un gran angelote de las yeserías de una de las bóvedas, afortunadamente sin puntería para nadie, y desde entonces fue cerrada por su mal estado de conservación.

En 1982, se realizaron pequeños “esfuerzos” por parte del Ministerio de Cultura, con actuaciones de emergencia que impidieron posibles desplomes en parte de sus cubiertas; unos años después, en 1988, la Junta de Andalucía restaura gran parte de la decoración mural y yeserías.

Afortunadamente, parece que “a la tercera va la vencida” y en 2007 se inició esta última restauración, realizada también con fondos de la Junta de Andalucía a través del Programa de Andalucía Barroca, con una inversión de 3.303.382,25 € que ha supuesto la recuperación integral del edificio y su patrimonio interior para continuar con su actividad religiosa y su difusión cultural.

Con un criterio de recuperación de las soluciones y decoraciones originales, con respeto absoluto a su evolución histórica-técnica y artística, se han empleado tratamientos de limpieza y consolidación, renovando revestimientos interiores, exteriores, ventanales y vitrales, restaurado puertas y cancelas; todo un despliegue de restauradores han actuado sobre las ricas yeserías, pinturas murales, el variado conjunto retablistico que amuebla el templo, los frontales de altar de mármol, la carpintería del coro y el púlpito de madera, y con arriesgada decisión, también se reconstruyó la decoración de la Torre del campanario en base a restos originales de color. Además, como en todas las obras de esta índole, han surgido sorpresas, se han descubierto nuevas pinturas murales bajo encalados y repintes pertenecientes al siglo XVII representando Santos Mártires y a San Agustín ordenado Obispo Padre de la Iglesia. Otras revelan pinturas decorativas fingiendo ricos tapizados, follajes vegetales y cortinajes pertenecientes al siglo XIX.

Así mismo, a raíz de esta intervención se permite la visualización de la convivencia de la traza inicial gótica de la Iglesia, en la cantería principalmente, junto con su esplendor barroco, testimonio de su evolución técnica. Finalmente, el edificio se dota de las instalaciones necesarias para uso y funcionalidad religiosa y cultural con la renovación de la electricidad, iluminación y fontanería, comunicaciones, megafonía, sistema antirrobo y contra incendios.



BÓVEDA DEL PRESBITERIO



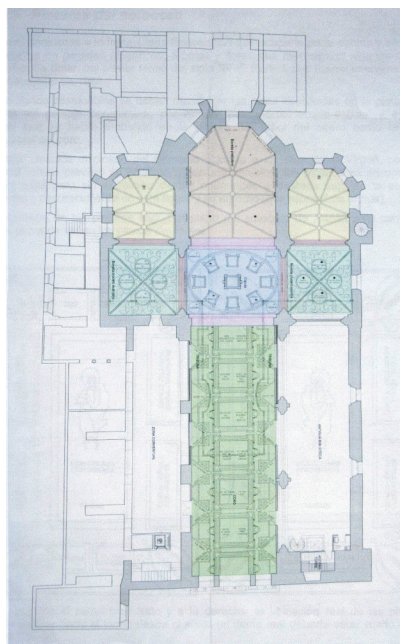
BÓVEDA NAVE CENTRAL



PINTURAS DESCUBIERTAS BAJA LA CAL



DETALLE YESERÍA



PLANTA DE LA IGLESIA



CÚPULA DEL CRUCERO



SOTOCORO

Pues bien, después de mencionar todos estos datos históricos y descriptivos y sin ánimo de aburrir o resultar reiterativa, se podría decir que la recuperación de la iglesia de San Agustín ha supuesto, tras más de 25 años cerrada, la liberación de un “fantasma”; y digo muy bien, al denominar con este calificativo al duende, sombra o espectro que durante casi tres largos años ha estado presente en los trabajos de conservación y restauración de este templo olvidado. Todos y cada uno de los que han trabajado en el interior de sus muros, han sentido pasar su corriente fría, su susurro, su carcajada y algunos dicen que han oído su desconsolado llanto.

Había días en que la luz natural entraba ferozmente por los ventanales y se iluminaban los rostros tallados y pintados en sus muros, recobraban vida, te miraban; ese día nuestro “fantasma” estaba contento, se oían risas a escondidas y susurros tarareando ecos de cánticos celestiales. Otros días, grises y de invierno, sólo la luz de los focos halógenos permitía trabajar en un espacio muy reducido en medio de la oscuridad, eran momentos de frialdad, de corrientes extrañas pasando por la nuca, se respiraba un ambiente triste, nostálgico y a veces de aprensión. La puerta de la Iglesia normalmente estaba cerrada, impidiendo la entrada del frío y el viento y, porqué no decirlo, de algún que otro curioso que parece no entender el pictograma de “Prohibido el paso a toda persona ajena a la obra”. Según avanzaban los trabajos, y se iba recobrando la luminosidad e intensidad cromática de los materiales propios de las pinturas, el resplandor de los yesos, el brillo metálico del pan de oro y la recomposición formal y figurativa de las abigarradas yeserías, entonces el aire que se respiraba era optimista, y las carcajadas del “fantasma” más evidentes y sonoras. Aprendieron a convivir con él, o debo decir ella, pues inexplicablemente lo identificaban con

género femenino. “Oímos a una niña”, me decía Empar, Jefa de obra “y... no sólo nosotros, también los electricistas que no sabían nada”, y aún, al escribir estas palabras se me eriza el vello al recordarlo.

Supongo que aquel espectro infantil atrapado en el tiempo, se liberó cuando se abrieron las puertas de la Iglesia de San Agustín para su reinauguración, cuando se iluminó por completo desde todos sus puntos de luz, cuando repicaron las campanas, y cuando los representantes de la Iglesia y la Cultura estrecharon sus manos.

Ante esta misteriosa anécdota, les quiero transmitir mi interpretación personal, inevitablemente condicionada por mi profesión como conservadora y restauradora; quiero pensar, que no se trataba de un espíritu que sufrió hace mucho tiempo en los muros de la Iglesia y que aún vagaba buscando su descanso eterno, si no que era el edificio en sí y su simbolismo, el que reclamaba su recuperación, su reapertura su liberación. Es así, como prefiero identificar a nuestro “fantasma” como la visión de la religión y el arte juntas, la personificación de un espacio y lugar de Culto y Cultura unidos, reclamando su respeto, su recuperación, su valor y su sitio en el delicado momento histórico y cultural que nos ha tocado vivir.

Así pues, creo que Culto y Cultura deben ir de la mano, no por separado, conviviendo, respetándose y uniendo “esfuerzos”; y la Iglesia San Agustín es un ejemplo más del enorme legado que debemos conservar para nuestros herederos.